

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



AYUNTAMIENTO DE MADRID
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

SUSCRICION

Núm. I

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 9 Setiembre 1886

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta * Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LAMINAS

LA SAL

El señor Llovera es uno de los pintores catalanes que han sabido extender su nombre más allá de los horizontes de su patria. Sus obras obtienen gran boga en los mercados europeos, sobre todo aquellas en que trata el distinguido artista asuntos del género andaluz. La lámina que con el título de «La sal» publicamos en este número, es buena prueba del garbo y verdad con que el señor Llovera cultiva esta especialidad. No cabe manera más preciosa de representar el donaire de una muchacha andaluza que la que ha empleado Llovera en dicho tipo.

EL TORERO HERIDO

Obra del distinguido escultor don Rosendo Nobas, premiada en varios certámenes nacionales y extranjeros. Véase la poesía que con el título «El siglo XIX» publicamos en este número, en la cual se sintetiza el pensamiento de esta bellísima escultura.

ESOPO

El célebre fabulista griego nació en Frigia, y fué esclavo en Atenas y en Samos. Era de talle deforme y de rostro repulsivo, pero de tan brillante ingenio, que se atrajo el favor de poderosos príncipes. Sus famosas fábulas le valieron el dictado de mofador de los dioses, y por ello los habitantes de los Delfos le precipitaron desde lo alto de la roca Hyampeé en el año 600 antes de Jesucristo.

REVISTA MILITAR

Tentado estaba de titular *Revista cómica*, esta revista; pero, pensándolo mejor, me he resuelto á bautizarla con el epígrafe que supongo, lo, lector! habrás leído. Llámola, pues, *Revista militar*; y la llamo así, no porque tenga ella nada que ver con ningún hijo de Marte, sino porque ateniéndome al *Diccionario* de la Academia, autoridad competente para el caso, militar es el asunto que me propongo tratar, toda vez que aquella docta corporación define la palabra *militar*, diciendo que es lo que *toca ó pertenece á la milicia*, y define la palabra milicia, diciendo que es *el arte de hacer la guerra ofensiva y defensiva*, y define la palabra guerra, diciendo que es *la desavenencia y rompimiento de paz entre dos ó más potencias*; y yo voy á ocuparme del «arte con que las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, hacen, entre sí, una contienda desavenencia y rompimiento de paz, defendiéndose y defendiéndose» lo cual como asunto que *toca á la milicia*, debe, según nuestros académicos, y con perdón del buen sentido, calificarse de *militar*.

Digo, pues, que voy á pasar revista de las batallas incruentas, pero dolorosas, que en el presente mes han librado las tres poderosas potencias: memoria, entendimiento y voluntad, en las almas de tres millones de españoles.

El rompimiento de la paz dió principio con el siguiente diálogo:

MEMORIA.—¡Qué buenas horas pasamos el último verano que estuvimos en baños! A la mañana, el balance de las espumosas olas que vestían de encajes y perlas el marmoreo torso de mi

señora, y las miradas codiciosas que desde la playa volaban como chasqueando besos ó resonando risas. A la tarde, el rodar del coche por las frescas alamedas y el dulce requiebro, silbando como flecha que pasa sin herir, y la vistosa pompa del lujo, desparramada en gasas y plumas. A la noche la música divina, el baile deslumbrador... ¡Quién pudiera renovar aquellos placeres!

VOLUNTAD.—¡Oh! ¡Qué recuerdo tan grato has evocado, memorial Yo, como tú, deseo gustar de nuevo ese bien.

ENTENDIMIENTO.—¡Ehl alto, amiguito. Teded presente lo agrio así como recordáis lo dulce. El año pasado nos costó la excursión veinte mil reales; un lance de honor con el vizconde del Olmo-seco, y dos protestos de pagarés.

MEMORIA.—Dice verdad el entendimiento.

VOLUNTAD.—¿Y quién lo niega? Pero al fin salvamos el trance, gracias á mi firmeza.

ENTENDIMIENTO.—Sí, pero entrampándote.

VOLUNTAD.—¡Cobardel! Lo que ayer hice no puedo repetirlo hoy? ¡Recuerda lo que se dijo el año posado de don Gumersindo, que se contentó con baños de Tinajal!

MEMORIA.—Se dijeron atrocidades. No, no; es preiso salir.

VOLUNTAD.—Y saldremos. Tú dices bien: ¡aquellos parques! ¡aquellas escenas!...

ENTENDIMIENTO.—Pero tenemos sólo dos mil reales en caja, y se deben facturas que importan siete mil.

VOLUNTAD.—Yo habilitaré medios.

MEMORIA.—Y ello es preciso, porque me acuerdo que tú prometiste á las de Menguado, volver este verano.

VOLUNTAD.—¡Vaya que sí! ¡Ehl! ¡ehl! que dispongan el equipaje.

ENTENDIMIENTO.—¿Y por desempeñar la palabra vas á empeñarte las joyas? Valiente negocio.

VOLUNTAD.—Se desempeñan al volver.

ENTENDIMIENTO.—¿Cómo?

MEMORIA.—Eso es. ¿Cómo?

VOLUNTAD.—Pues, desempeñándolas.

Y así sigue la escaramuza.

Por lo regular, el vencido suele ser el entendimiento, que queda, al fin, esclavo de la voluntad. Al cabo de tres meses el juez del distrito se encarga de la solución, condenando á la voluntad, á carcel, quizá perpetua á la memoria, á la pérdida de sus dulcísimos recuerdos, cargando con otros muy acedos, y al entendimiento, á incapacidad temporal.

JUDAS TADEO

EL SIGLO XIX

Bárbaro tiempo aquel que al rudo Marte culto rindiendo el español guerrero al aire daba el toledano acero por defender su honor en cualquier parte.

¿Qué importaba romper el estandarte del turco audaz y del inglés artero, si aunque quedaba noble y caballero dar no sabía admiración al arte?

Hoy ved, en cambio: el más gallardo hispano sale á la plaza salpicado de oro vibrando altivo un espadín su mano.

¿Oís? ¡El pueblo aplaude en ronco coro! ¡Obró algún acto heroico ó sobrehumano? sí; ¡ha conseguido rematar un toro!

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campaña

¡Pobre Fernando! La última vez que le ví fué en un establecimiento balneario de los Pirineos orientales. Aquel rostro, antes varonil y poético, parecía la fra mascarilla de una momia, y aquella imaginación que de continuo flameara con hermoso resplandor, estaba como velada por las brumas de la idiotez. Sólo el chispazo que de vez en cuando iluminaba sus vidriosas pupilas me recordaba al regocijado amigo, y al estudiante soñador de aquellos tiempos en que juntos nos dábamos á fantasías y á visiones creyendo que de nosotros dependía restaurar los siglos de oro en la vida de la humanidad.

Conocí que mi presencia, lejos de agradar á Fernando, le causaba pena, por cuanto yo, testigo de sus horas venturosas y de su lozana juventud, lo era entonces de su infortunio y decrepitud prematura.

Le acompañaba un padre jesuita, de quien me dijo ser cercano pariente. Este, á su vez, me contó que Fernando aguardaba llegar á Diciembre para ingresar de novicio en la Compañía; pero, al decirlo el jesuita, sonreía ligeramente, con esa triste contracción de labios que semeja escribir una sentencia de muerte.

El día que me despedí de Fernando éste me cogió estrechamente ambas manos con las suyas, me miró fijamente largo rato sin pronunciar palabra, y, al cabo, rompió en conmovedores sollozos, derribando su cabeza sobre mi pecho.

Intenté carmarle, pero me contestó:—No, no, déjame; ¡desahoga tanto el llorar! Hacía tres años que no había podido derramar una lágrima. ¡Tres años! ¡Ya ves!

¡Qué desgarrador acento tenía su voz en aquel instante! Me sentí hondamente conmovido, y lloré también.

Esta escena causó tal trastorno en mi amigo, que fué menester trasladarle al lecho. Una vez en él me hizo seña para que me acercase, y cuando me tuvo á su lado me echó los brazos al cuello, y, acercando sus labios á mi oído, me dijo quedo, muy quedo, y como si cada palabra le arrancase un pedazo de corazón:—Hacía tres años que no había llorado; hace tres años también que no he pronunciado un nombre más que ante Dios, pero lo tengo aquí, aquí grabado con fuego en la memoria. Ahora lo voy á pronunciar, y quiero que tú lo oigas: pero sólo tú... Oye bien.

Permaneció un momento callado, como para reunir en un punto todas las energías de su flaca naturaleza. De pronto, con movimiento convulsivo apretó fuertemente mi cabeza contra la suya, y murmuró con apasionada voz: «¡Luisa! ¡Luisa mía!» El aliento de Fer-

nando me abrasó el rostro, como si me hubiese tocado la punta de una llama. Corrió por el cuerpo de mi amigo horrible estremecimiento, y se aflojaron sus brazos, que tenía anudados sobre mis hombros. Levanté la vista, y vile inmóvil y lívido, con la mirada fija y perdida en el espacio, cual si espantosa visión la encadenara.

El aspecto de mi amigo me alarmó.—¡Fernando!—dije sacudiéndole con suavidad;—¡Fernando!

—¡La veo! ¡la veo!—exclamó el enfermo.—Llamela, y vino. Allí está. Con sus ojos azules me mira. ¡Qué tarde soy en correr hacia ella! ¡pero vendré, Luisa: vendré, y pronto, muy pronto! Ahora mismo; así, así...»

La alucinación de Fernando rayaba en frenético delirio, y, como el pobre pugnaba por saltar del lecho, aniquilando sus débiles fuerzas, llamé el auxilio del médico, que llegó sin demora, y dispuso lo conveniente. Las dos horas de la madrugada serian, cuando el paciente entró en calma reparadora. Retíreme á descansar, con resolución de partir sin ceremonia, para no dar ocasión á renovar la funesta escena á que involuntariamente había contribuido.

Borraba la claridad del alba las últimas sombras de la noche, á tiempo que ensillaba yo el jaco que debía trasladarme á la más próxima estación del ferrocarril para tomar el primer tren que pasase con dirección á Barcelona.

Antes de poner pié en el estribo quise despedirme del jesuita acompañante de mi amigo. Llamé discretamente á la puerta de su cuarto, y salió el padre.

—¿Se va V.?

—Sí; mi presencia evoca recuerdos en Fernando que nada favorecen su curación.

—Es verdad; el pobre muchacho ha presentado la determinación de V., y me ha dicho: «Tío, Pedro se marchará hoy mismo. Yo no volveré á verle más, porque siento que se me va acabando la vida. Entréguele usted este manuscrito, y dígame que con él, en correspondencia al bien que me ha producido el llanto de ayer noche, le doy lo que más estimo en el mundo. Que lo lea y no olvide mi memoria.»

Arrasados los ojos tomé el manuscrito, me despedí tristemente del sacerdote y piqué espuelas al caballo, el cual, arrancando en brioso galope, apenas me permitió dirigir una dolorosa mirada á la ventana del cuarto en que yacía amodorrado el desventurado Fernando.

(Se continuará)

NON PLUS ULTRA

Después que con los famosos argonautas tan altamente cantados por Apolonio, hubo realizado Hércules su viaje á la Cólquida para desposesionar al rey Actas del vellocio de oro, como no le permitiese su natural inquieto momento de vagar, ansioso de mayores hazañas armó rústica nave compuesta de mal pulimentadas tablas, en medio de las cuales se levantaba un grueso leño sosteniendo flexibles pieles, que servían para recoger los soplos del viento, motor indispensable de aquella primitiva embarcación, y hundiendo los remos en las aguas del mar de Fenicia, puestos los ojos en la estrella de Venus, que era en la inmensidad del cielo único faro que signaba las desconocidas costas de Hesperia, dirigió con ánimo audaz el rumbo á la península que á la sazón depredaban los hijos de Gerión, matadores de Osiris. Dura batalla trabada en las cercanías de Gerionda, hoy Cádiz, satisfizo con la sangre de los asesinos la sed de venganza del héroe líbico, quien en conmemoración del triunfo hizo echar en la boca del estrecho gaditano enormes piedras, hasta tanto que sobre la superficie del agua se levantaron, formando dos montes, uno de los cuales llamóse Calpe y el otro Abidos, ambos divulgados por la tradición con el nombre de *columnas de Hércules*.

Creyó el vencedor del león de Nemea, de la hidra de





Lerna, del jabali de Erimanto, del toro de Creta, de los fieros centauros y del sanguinario Augías, que nada podía resistir a su valor, que allí donde llegaba su ambición también llegaba su poder, y buscando espacio mayor á su grande aliento, lazó su frágil barca por entre las olas del estrecho, sin temor á la cólera que eternamente encrespa aquellas aguas. Pero la llanura infinita, más pavorosa cuanto más desconocida, y la voz de la tormenta que rugió sañuda como si el genio del océano se levantase henchido de furor contra quien pretendía profanar los misterios en sú inmensa soledad ocultos bajo el velo de nunca tocadas nieblas, pusieron espanto por vez primera en el corazón del héroe, que, al retroceder y penetrar de nuevo en el Mediterráneo, exclamó señalando las ingentes moles del Calpe y el Abidos: «¡No hay más allá!» *¡Non plus ultra!*

Desde entonces fueron tenidas las célebres columnas por mojones que marcaban los últimos lindes de la creación. Detrás de los promontorios de Gades la imaginación sólo acertaba ver un desierto sin fin, poblado de aterradores monstruos, de sombras eternas y abismos sin fondo, que se iban perdiendo en la fría oscuridad del vacío. Durante cuarenta siglos el terror y la superstición permanecieron sentados en lo alto de las columnas de Hércules, viendo á los más animosos navegantes detenerse, murmurando tristemente: *¡No hay más allá!*

Fenicia, que arrojó al mar las primeras naves, y derramó sus gentes en colonias por lejanas playas; Grecia, la heroica, la expansiva Grecia, que llevó sus dioses y sus artes por todos los pueblos del mundo antiguo; Cartago, que ancló sus triremes en todas las costas del continente; Roma, que puso las sandalias de sus decoraciones en los tronos de todos los reyes y clavó las picas de sus legiones en los desiertos más abrasados y en las zonas más heladas; Venecia, cuyos *duces* desposados con el mar eran señores de sus olas; cuatrocientas generaciones de indómitos navegantes, en fin, no osaron, no, a pesar de haber realizado tantos prodigios de valor, romper la frente á la esfinge que en el estrecho de Gibraltar se les aparecía, arrojándolos con el fatídico grito de «¡No hay más allá!» á las azules aguas del Mediterráneo.

A la nación que oscureció la gloria de Anibal y Scipión con las llamas de Sagunto y de Numancia, á la nación que rompió los invencibles alfanges de Jucef y de Abderraman en las milagrosas jornadas del Salado y de las Navas; á la nación que sepultó el orgullo de Carlomagno en las gargantas de Rocesvalles, á la nación que desde Indibil hasta Fernando de Aragón se mantuvo armada, peleando durante siglos por su independencia y su libertad; á la nación madre de Megara, de Pelayo, del Cid y de Berenguer, le estaba reservada la solución del tremendo enigma, convirtiendo las columnas de Hércules en portal por donde entró la civilización triunfante á dilatar sus rayos por las encantadas regiones de un mundo virgen.

En Enero de 1492 salieron del puerto de Palos los hombres de corazón que, fiados en Dios y en su ardimiento, escasos en número y montados en roidas carabelas, fueron á desafiar las furias del inexplorado océano, y completaron la obra de la creación, desmintiendo el fatal *Non Plus Ultra* que la mano de los siglos escribiera en las rocas del estrecho.

P. HUGUET

UN MERCADER

«¡Cada vara de percal
que á dos pesetas costaba,
la vendo ahora á real!»
un mercader pregonaba.
Y viendo que ni por eso
el pobre percal vendía,
«¡niñas, no á real!—añadía,—
pagadme la cana á beso.»

Al oír esto, con horror
movidas todas de escándalo,
le apedrearon por vándalo,
pues atentaba á su honor.
Huyendo de la embestida
y buscando do se esconda,
el infeliz enseguida
se metió en la primer fonda.
«Pues señor, anduve necio! —
se dijo allí el mercader:—
no pensé que un beso es precio
caro para la mujer.»
Más no trascurrió media hora,
cuando con grande cautela
fué á comprarle una señora
catorce varas de tela.
Y detrás de ella un millar,
dejando al hombre por paga
todo el rostro hecho una llaga
con tanto y tanto besar.

JUAN DIEZ CALVO

MISCELANEA

Según un célebre doctor austriaco, el remedio más eficaz contra las enfermedades de las uvas, es bañar los racimos con agua, en la cual se haya disuelto cola común. Para una arroba de agua prescribe una libra y media de cola.

Hé aquí un medio seguro para conocer si una persona está ó no realmente muerta. Se humedece con agua limpia aquellas partes del cuerpo del difunto que estén en contacto con el aire, y con un cepillo también humedecido con agua, se frotan dichas partes. Si la muerte es real, la parte frotada se presenta de color pardo claro, duro como el cuerno y transparente.

CANTARES

Noche y día estoy llorando
sólo por ver si consigo
borrar pronto de mis ojos
la mancha de haberte visto.

No te atrevas á pasar
por delante de mi puerta,
pues pudiera despertar
el alma que yace muerta
y no te sabe olvidar.

No preguntes donde vivo,
pregunta, sí, donde muero,
y te dirán que en la calle
de los tristes pensamientos.

No me digas que me quieres
porque en tí nada es verdad,
díme, pues, que me detestas
si me tienes que engañar.

EPIGRAMA

El sastre Gil con donaire
dice á su esposa Tomasa:
«¡Chica, vámonos á casa
á echar una cana al aire!»
Pero aquí falta añadir
que, cual suele suceder,
la cana es la de medir,
y el aire el de su mujer.

DONATO GALINDO

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

ENERO

Mes dedicado á Jano, Dios de las dos caras. Es por lo tanto un mes eminentemente político.

Aunque esta suele ser la época más fría del año, sin embargo, es de muy dulce sentir al amor de una buena chimenea.

Para expresar cuánto por escasez de hierba enflaquecen los carneros en esta temporada, se dice:

«Enero y Febrero comen más que Madrid y Toledo.» Que es el colmo del comer; porque, especialmente en Madrid, hay dientes.

También para los cazadores se da este otro refrán: «En Enero ni galgo ni lebrero, ni halcón perdiguero.»

Y concluyamos con un rasgo de erudición. A este mes los sirios le llamaban Canun II; los griegos, Audíneo; los egipcios, Machir; los etiopes, Facatith, y los armenios, Aracz. Otrosí: los chinos lo solemnizan celebrando fiestas durante sus primeros quince días.

FEBRERO

A este mes se le llama «cebadero» por la razón de que si llueve en él puede mirarse como segura la cosecha de cebada. «Pues que llueva,» dirán muchos que por error andan sobre dos pies. Febrero pertenece á esa clase de los desheredados.

Cae en invierno, pero con tanta desgracia «que en Febrero busca la sombra el perro.» Se atreve á ofrecernos timidamente alguna florecilla y algún fruto, y todo el mundo le abochorna, diciendo: «Flores y frutas de Febrero, ni huelen, ni saben, son malas y caras.»

Item más: es un mes corto de talla. Le faltan dos días, y cuando menos, á todo tirar, uno. No sirve para recluta.

Como los sabios no le han designado ninguna fiesta que celebrar, en venganza, ha inventado una para los locos: el Carnaval.

Por esto ha dicho un poeta:

«Mes alegre, para algo eres más breve...
¡Porque eres el placer!»

MARZO

No hay gusto que no traiga en pos un disgusto. Y es verdad, porque detrás del Carnaval viene la Cuaresma.

Este mes de Marzo es el Agosto de la gente pescadora, por los buenos cuartos que en él cosecha, y el Julio de la gente pecador, porque durante él se lava la conciencia.

Pero aunque se presenta con capa de virtud, no tiene mucho que ar. Es hipócrita si los hay; pues como reza el adagio: «Si Marzo vuelve de rabo, ni deja pastor enamorado, ni cordero encenecado.»

Es un mes digno de coroza: primero, por soplón; después, por inmisericorde; y luego porque hace estériles los arrepentimientos, por aquello de que «la que en Marzo veló, tarde acordó.»

Epílogo: Marzo se llama así, porque toma el nombre de Marte.

ABRIL

Este toma el nombre de la palabra latina «aperire», que significa: abrir. Y encaja bien el vocablo, ya que en esta época es cuando las flores abren sus corolas, el amor sus alas, y nosotros los paraguas, pues «en Abril aguas mil.»

Dicen que en Abril fué cuando Dios gritó sobre los abismos «sea hecha la tierra,» y la tierra quedó hecha.

Si la fecha no es cierta, allá se queden los geólogos con la responsabilidad; yo sólo me atengo á que este es el más hermoso mes del año, y la opinión del vulgo coincide en esto con la mía, cuando para encomiar lo galán que anda un individuo, se le dice: «Está usted hecho un Abril!»

Sin embargo, lo mejor de este mes, según dictamen de los madriños, que es gente que lo entiende, son las mañanas, pues «mañanas de Abril y Mayo son muy dulces de dormir.»

MAYO

«Abril y Mayo son llaves de todo el año.»

«Entre Abril y Mayo haz harina por todo el año.»

«Llueva para mi Abril y Mayo, y para ti todo el año.»

«Are quien aró, que ya Mayo entró.»

Y basta, que sería cuento de no acabar, si se tuviera que ir enumerando los privilegios de este florido y galano mes, que por florido le llamó «Floreale» la primera República francesa, y por galano los antiguos lo dedicaron á Venus.

Los antiguos, que eran gente de buen gusto, pusieron en este mes el nacimiento de Apolo, y comprendieron el 11 de Mayo entre los días «nefastos» que eran los días considerados como de mal agüero para casarse.

Los cristianos lo dedican á la Virgen del Amor Hermoso, y le plantan altares coronados de flores; y adornan con cintas y frutas el árbol de Mayo, alrededor del cual los mozos de las aldeas bailan en la plaza pública.

Y los españoles lo celebramos recordando los nombres de Daoiz y Velarde y el bombardeo del Callao.

JUNIO

En Junio nacieron: el célebre economista Adam Smith (1723); el gran poeta Pedro Corneille (1606); el eminente orador sagrado Flechier (1632); el famoso geómetra Pascal (1623); el sapientísimo geólogo Humboldt (1767); el insigne filósofo Rousseau (1712); el portentoso pintor Rubens (1577); el inspiradísimo lírico Leopardi (1798); el ilustre pensador Lamennais (1782); el elocuente orador Royer-Collard (1763); el tiernísimo cantor de la naturaleza, Delille (1758); el original escritor Bastial (1801); el audaz guerrillero Espoz y Mina (1781); el hábil estadista Olózaga (1805); el admirable artista Horacio Verwet (1789); el inimitable vate Young (1773); el hijo mimado de las musas castellanas, Góngora (1561); y el inmortal Pedro el Grande de Rusia (1672).

«Quién no convendrá, pues, en que este mes es el más fecundo del año? No hay sino mirar los campos cubiertos de doradas espigas; no hay más sino ver los nidos cargados de bulliciosas crías.

Junio se deriva de la voz latina «junior» que significa joven.

¿Hay algún joven que no le ame? En tal caso será algún estudiante desaplicado que teme quedar «suspenseo.»

JULIO

El fundador del imperio romano, Julio César, le dio su nombre, y él corta la vida á Junio, vengando así á su padrino, que murió asesinado á los golpes del puñal de Marco «Junio» Bruto.

A su vez es padrino de muchas niñas bonitas. Porque todas las Julietas son lindas, y las que no lo son merecen serlo.

Se le conoce por despota y por enamorado, como todos los tiranos.

Desde que empieza su efímero reinado de 31 días, derrocha en luz y en aromas y en armonías todo lo que sus hermanos han estado recogiendo durante el transcurso del año con paciencia sin igual.

En su manera de gobernar es intolerante é insufrible, pues hasta cuando acaricia quema. Así no es de admirar que todo el mundo huya de sus rigores.

A pesar de todo esto, tiene mucho partido. Las mujeres hermosas le agradecen que les dé pretexto para lucir sus gallardas formas en los baños; y los hombres galantes lo ensalzan porque les ofrece ocasión de contemplar preciosos modelos de belleza plástica.

AGOSTO

Si merece el nombre de Augusto lo que es magnífico y dadivoso, digno es Agosto del nombre que lleva, porque á regalar dones ningún mes le aventaja. Como que agota el cuerno de Amaltea, y el cesto de Pomona, vertiendo toda suerte de abundancias sobre la tierra.

«Agosto y vendimia no es cada día,» dice el vulgo, queriendo significar que lo bueno no se halla á pedir de boca.

Agosto es como el tesorero del año, ó mejor dicho, es el señor generoso que paga con grandes creces los salarios al labrador.

Suprimir el mes de Agosto equivaldría á condenar á la humanidad á morir de hambre.

Venga, pues, Agosto, y frío en rostro, como canta el adagio; á bien que pedirle frío á este mes es gollería.

SEPTIEMBRE

En Septiembre sería cuando el padre Noé, harto del agua que chorreó el diluvio, se dió aquel atracón de vino que fué causa de las pullas que Cham pagó con una solemne maldición patriarcal, cuyas consecuencias sufren los Panchos y Panchitas que cultivan los ingenios americanos con el látigo del capataz en la espalda.

Porque en Septiembre es cuando el dios Baco se nos presenta coronado de pámpanos, caballero en su cachazudo asno, y rodeado de las risas que levantan al aire las copas rebosantes del vino nuevo.

Llámase este mes Setiembre, porque era el séptimo del año, antes que al grito de «¡abajo lo existente!» se introdujesen en el calendario Julio y Agosto, relegándole en décimo lugar. Como los tales Julio y Agosto son dos meses monárquicos, Setiembre, que es revolucionario por temperamento, más de una vez se ha tomado la revancha de aquella jugarreta que le hicieron Julio César y Octavio Augusto.

OCTUBRE

Las hojas empiezan á caer de los árboles, y caen también los pájaros á los tiros del cazador.

Se sienten las primeras caricias del frío, y se oyen los primeros chasquidos de las castañas.

Cuando por otra cosa no obtuviese consideración este mes, la obtendría por habernos proporcionado la victoria sobre el poder turco en las aguas de Lepanto (1571), por haber arrojado un mundo á los pies de nuestros Reyes Católicos (1492), y por haber librado á Europa de la tiranía de Napoleón I (1815).

Nuestros antepasados, los antiguos iberos, le llamaban «bildillá,» esto es, mes de acopio, ó séase el recaudador de contribuciones del año.

Los romanos en este mes sacrificaban un caballo al dios Marte; al revés de nosotros, que en Julio sacrificamos algunas docenas... á los toros.

El nombre de Octubre le viene, porque antes de la reforma del calendario era el octavo mes del año, el cual principiaba en Marzo.

NOVIEMBRE

Mes de los tristes destinos, ó el desposado de la muerte, según es fatal su influencia.

Los árboles semejan esqueletos, y los horizontes se cubren de nieblas que tienen trazas y color de sudario. Las auras que suspiraban blandamente se tornan cierzos, que gimen y ahullan con fiereza.

Durante este mes todo llora. Y España, que le debe la muerte de su primer estadista, Cisneros (1517); de su primer filólogo, Capmany (1813); de su primer poeta, Lope de Vega (1635); de su primer economista político, Jovellanos (1810); y la pérdida del más rico florón de su corona, Portugal (1640); no tiene nada absolutamente que agradecerle, y sí mucho que reprocharle.

Mes protector de los sepulcros, él fué quien con las hirvientes lavas del Vesubio abrió en un momento inmenso hoyo donde Pompeya se hundió con todo su poderío y riqueza.

Nada perdería el mundo con que desapareciese para siempre este mes, y se pudiese decir de él lo que todos los años nos obliga á repetir en los cementerios:

¡Paz á los muertos!

DICIEMBRE

Es, por decirlo así, este mes el Mayo del invierno. Apenas inicia su reinado, ya nos muestra la beatífica sonrisa de la Virgen Inmaculada, y luego con una larga serie de ferias nos prepara para conmemorar con regocijada solemnidad la venida del Hombre-Dios al Mundo.

Los indios le daban el nombre de Panca, los persas el de Thir, los armenios el de Kagoths, y los egipcios el de Tybi.

Los romanos lo consagraron á la diosa Vesta, protectora de la virginidad, y por esto no se consentían matrimonios en esta época. Se abría un paréntesis al amor. Era un tributo que se prestaba á las primeras nieves del invierno.

En este mes tenían lugar las famosas fiestas «saturnales,» en las que los amos servían á sus esclavos.

